

1929:
LA CIUDAD DEMOSTRATIVA

ARQTO. JONAS FIGUEROA

ESCUELA DE ARQUITECTURA
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE CHILE
OCTUBRE 2003

1929: LA CIUDAD DEMOSTRATIVA

Jonás Figueroa Salas

...Todo acto de recepción de una forma dotada de significado, tanto en la lengua como en la música o en el arte en general, es comparativo (".) Pretendemos comprender, "situar" el objeto ante nosotros -el texto, el cuadro, la sonata- dándole el contexto inteligible e informativo de la experiencia previa que podamos relacionar con él...

George Steiner (1995). La Música de las ideas.

1. Introducción

En términos generales, el objetivo de este escrito es prestar atención al proceso de transformación que experimenta la ciudad de América del Sur, durante las primeras décadas del siglo XX. A simple vista, este proceso de transformación puede ser visualizado a través de un crecimiento físico, que a veces se asienta sobre la ciudad ya construida y otras, sobre el perímetro rural. Más en detalle, nos interesa razonar sobre los cambios que en la estructura morfológica de la ciudad introducen las actuaciones urbanísticas amparadas por este proceso. Cuando hablamos de estructura morfológica no estamos refiriéndonos a la imagen ni a la figura, conceptos más propios del campo pictórico y literario, antes que del arquitectónico. Conceptos demasiado precarios para instalar sobre ellos un razonamiento del quehacer de los arquitectos en la ciudad. Los signos visibles y palpables de estas transformaciones son, a nuestro entender, rotundamente morfológicos y, por ello, también el proceso puede ser analizado o situado, al modo *steineriano*, bajo códigos arquitectónicos. Nos interesa dirigir nuestra atención a las formas más que a las normas y a las ordenanzas que se han redactado para ordenar este crecimiento físico producido a lo largo del siglo XX.

Los procesos de transformación infraestructural y paisajística acaecidos durante la segunda mitad del siglo XIX en Buenos Aires, Lima, Montevideo, Río de Janeiro y Santiago, por citar a las ciudades de mayor desarrollo, son motivados desde la administración municipal. El sentido y alcance de estas actuaciones, sin desmerecer sus valores, es administrativo y de obra pública, incapaz de traspasar materiales al campo de pensamiento arquitectónico. Tampoco se les puede pedir a las invalorable actuaciones públicas de los Alvear en Buenos Aires, de los Bustamante en Lima y de los Vicuña Mackenna en Santiago, contenidos y resultados no considerados inicialmente. Cualquier solicitud que se encamine a ello, nos llevaría hacia un peligroso determinismo arquitectónico.

A inicio del siglo XX, la visión anglosajona de la ciudad moderna queda reflejada en la vieja postal que nos muestra un abigarrado conjunto de edificaciones de estilo neogótico, penetrado por trazados ferroviarios y carreteras a gran altura. Mas, como siempre, la realidad dista bastante de las imágenes futuristas, gracias a Dios. Esta es la visión de la ciudad tecnicista demostrativa de los artilugios mecánicos, pero escasamente idónea para el desarrollo de la vida humana. Durante gran parte del trayecto del siglo XIX al XX, la ciudad se encara así de esta manera, como si se tratase de un artificio infinito en permanente crecimiento y reparación.

Junto a esta modalidad tecnicista, comparece una práctica vinculada a la cultura romántica, que persigue salvaguardar los valores estéticos mediante la inclusión del paisaje rural en las áreas urbanas. Una parte importante de los grandes parques urbanos de ciudades europeas y americanas surgen durante estos años; el Parque Forestal de Santiago de Chile, entre ellos. A partir de los primeros años del siglo XX, un período de gran importancia para la evolución del urbanismo en el mundo occidental, los arquitectos suceden

a los ingenieros y jardineros-paisajistas que hasta ese momento habían participado de modo activo en la promoción, formulación y gestión de las obras urbanas. Es a raíz de ello que consideramos que este proceso, asentado a veces en las áreas centrales y a veces en la corona perimetral, es susceptible de ser comprendido en general desde la arquitectura y en particular desde la arquitectura urbana.

Debemos señalar que cuando hablamos de arquitectura nos referimos a la gran arquitectura de la ciudad, más que a la obra de arquitectura propiamente tal y la que se entiende casi en sentido terminal. Pero, a escala urbana, ésta deviene en un hecho aislado y único. La otra arquitectura, más amplia y permanente, habla y trata de la forma de la ciudad. Esta forma, ya sea como arquetipo o sistema, es el territorio de los arquitectos urbanistas que participan en la construcción de la ciudad moderna. Cualquier otra modalidad sólo es un trámite y un dato a considerar. Para desarrollar esta propuesta sobre los signos de naturaleza morfológica, hemos prestado atención al discurso urbanístico que nos proponen cuatro arquitectos europeos que, por motivos profesionales y académicos, se encuentran en el año 1929 en ciudades de América del Sur. En sentido más exhaustivo, en la segunda parte de este escrito nos detenemos en las propuestas y actuaciones llevadas a cabo por el arquitecto austriaco Karl Heinrich Brunner en Santiago de Chile y Bogotá, entre los años 1929 y 1948. Estas actuaciones señalan, en primer lugar, una atención preponderante en el contenido morfológico del plan de urbanismo y, en segundo lugar, constituyen demostraciones fehacientes del ejercicio urbanístico que es posible desarrollar desde la arquitectura.

Al respecto, ¿cuál es la práctica urbanística en América del Sur, a la llegada de K. H. Brunner a Chile? Los ejemplares aquí expuestos no son todos los que en ese particular momento están en vigencia, pero consideramos que ellos son los que registran un mayor desarrollo o se nos presentan, como en el caso del Movimiento Moderno liderado por Le Corbusier, como el discurso más renovador. El ejercicio desarrollado por Lambert. Agache y Le Corbusier está enraizado en la cultura urbanística francesa. Mientras tanto, la práctica urbanística de Brunner exhibe vínculos provenientes de la manualística alemana y del variado legado urbanístico vienés.

2. Un extraño en la academia

Tal como hemos señalado anteriormente, a la llegada de Brunner a Santiago de Chile, al menos otros tres urbanistas europeos se encuentran por asuntos profesionales y académicos en ciudades de América del Sur. En estos tres profesionales es posible identificar los modos y estilos presentes en el proyecto urbanístico de raíz francesa, que se aplica para racionalizar el desarrollo de las ciudades del continente, entre los años 1870 y 1930. En primer lugar, tenemos al arquitecto Jacques Lambert llevando a cabo una asistencia técnica para la Municipalidad de Santiago de Chile. Algo sabemos de esta visita por las referencias que nos hace Carlos Carvajal Miranda:

...se ha entrado definitivamente en el estudio del plano de transformación de Santiago, con motivo de la visita del eminente urbanista J. Lambert... (1)

En los años veinte, Lambert trabaja en el taller de Auguste Perret, uno de los impulsores del uso del hormigón en la arquitectura moderna. Aquí, realiza entre otros trabajos, la perspectiva de un proyecto de renovación de París, atribuido hasta hace poco tiempo a Perret. Años más tarde, lo encontramos colaborando con el urbanista Henri Prost, autor de varios planes de urbanismo de ciudades del Norte de África. Al final de los años treinta, Lambert trabaja junto a Maurice Rotival para el Plan Monumental de Caracas. Por estos cortos datos podemos conjeturar que su ejercicio se sitúa entre el paisajismo de corte monumentalista aplicado con rigor por J.C.N. Forestier, autor del Parque de María Luisa de Sevilla y del Plan de La Habana de 1926, entre otros, y el cientificismo social cobijado bajo

el alero de la Sociedad Francesa de Urbanistas.

Sin embargo, en un artículo aparecido en una publicación local de arquitectura, Lambert se muestra contrario a los grandes proyectos urbanos que, por su envergadura, nunca serán ejecutados. Asimismo, tiene serios reparos acerca de las modas tan recurridas en los proyectos de transformación. Por aquellos años, las modas estaban relacionadas con el uso de las avenidas diagonales que:

...domina y obsesiona la mentalidad y opinión pública de este continente...

Y de los grandes espacios cubiertos de césped:

...de una manifiesta inutilidad y de gran costo de mantenimiento... (2).

También a la Sociedad Francesa de Urbanistas está ligado el segundo de los arquitectos que este año de 1929 se encuentra en América del Sur, Donat-Alfred Agache. Cualquier juicio que podamos emitir de la obra de Agache, nunca será lo suficientemente riguroso para valorar las ideas y signos que comporta. Una parte importante del pensamiento que ejercita este urbanista está contenido en el libro que publica en París el año 1930 y que recoge las propuestas formuladas para el plan de embellecimiento y reforma de Río de Janeiro. Documento que es iluminado por la siguiente declaración de principios

... El urbanismo es una ciencia y un arte, y sobre todo una filosofía. Entiéndase -por urbanismo un conjunto de reglas aplicadas a la mejora de la edificación, del equipamiento, de la circulación (...) Es remodelación, extensión y embellecimiento de la ciudad... (3)

Años antes, Agache participa en el concurso del Plan Piloto de Canberra -capital gubernamental de Australia- que gana W. B. Griffin, uno de los representantes del movimiento City Beautiful que lideraba en EE. UU. D.H. Burnham, el arquitecto del primer rascacielos neoyorquino -el Flatiron- y del Plan de Chicago de 1909. El plan de Agache, bastante similar al de Griffin y al de Eliel Saarinen (los tres habían obtenido el tercer, primer y segundo premio, respectivamente), se funda en una geometría entre neoclásica y barroca de largos ejes que interconectan un sistema nuclear de plazas ceremoniales, en cada una de ellas se emplazan los edificios que acogen las funciones específicas propias de una ciudad capital. Todo ello, se encuentra expresado mediante un lenguaje de largas perspectivas, simetrías en los trazados, etc.

En el caso de Río de Janeiro, Agache formula un plan que transforma la por aquel entonces ciudad capital brasileña, en un ejemplar urbanístico del tipo *beaux arts*: manzanas cerradas y fachada continua; amplias avenidas ajardinadas al modo barroco; énfasis en la relación formal entre la ciudad y el borde marítimo; etc. A pesar de este acento en el formalismo academicista, el peso de las consideraciones sociales y económicas es importante. Por aquellos años, Río de Janeiro registra una población cercana a los 2 millones de habitantes. Sus principales problemas están vinculados con los accidentes topográficos que dificultan la relación de la ciudad con las localidades del extrarradio y reducen la disponibilidad de suelo para el natural crecimiento urbano.

El tercer urbanista francés que se encuentra el año 1929 en América del Sur, es Charles-Edouard Jeanneret, conocido desde inicio de esta década por el seudónimo de Le Corbusier. Sus impresiones de este viaje por el continente o *estado de ánimo de un arquitecto* (según sus propias palabras), de la situación de la arquitectura y el urbanismo de las ciudades sudamericanas de la costa atlántica, entre otras cuestiones, han sido recogidas en el libro *Precisiones*. Aunque las incursiones en la arquitectura son anteriores, no sería ningún atrevimiento afirmar que la inserción de la ciudad en el proyecto arquitectónico es lo que le

confiere valor a la propuesta de renovación conceptual formulada por Le Corbusier.

Algunos años antes de su *tourné* americana, Le Corbusier formula el proyecto de *La Ville Contemporaine* (1922), una propuesta de ciudad para tres millones de habitantes. Esta consiste en un trazado reticular de manzanas rectangulares abiertas y vías diagonales que enlazan un sistema de plazas interiores y exteriores. El corazón de este trazado reticular está configurado por el cruzamiento de dos ejes viales de conexión regional y por el emplazamiento de 24 rascacielos exentos, que albergan las funciones de gobierno y administrativas de la ciudad. En la Exposición de Artes Decorativas de 1925 y bajo el lema de *...una ciudad nueva sustituye a la vieja...* Le Corbusier aplica el trazado de *La Ville Contemporaine* en el tejido decimonónico de los barrios parisinos de la orilla noreste del río Sena. Es el llamado *Plan Voisin*.

Durante su visita a Río de Janeiro, Le Corbusier se encuentra con Donat-Alfred Agache, aunque confiesa ciertos reparos, nos plantea el siguiente comentario:

...había excluido a Río de mi misión arquitectural de Sudamérica, porque mi colega Agache, de París, trabaja en estos momentos en el establecimiento de unos planos para el arreglo de la ciudad y no era cosa de ir a distraerle, quien sea que fuere, en su trabajo... (4)

Desconocemos la incidencia de las conferencias dictadas por Le Corbusier en Río de Janeiro, sobre las propuestas urbanísticas del academicista Agache. Sólo sabemos que en todas ellas es uno de sus más atentos auditores. No en vano, ya había comentado con su mandante, el prefecto Antonio Prado:

... Le Corbusier es un hombre que hace añicos los cristales, un hombre que hace corrientes de aire y nosotros pasamos después... (5)

Si consideramos a Lambert y Agache como urbanistas a la *maniera* clásica, con una retórica que conjuga los signos y códigos ejercitados en las academias de bellas artes parisinas, Le Corbusier trae un soplo de aire fresco sobre los viejos postulados. Sin embargo, la concreción de sus ideas no ha sido tarea fácil. Después de predicar por cerca de treinta años en el desierto, recién a partir del año 1950 se aplican sus conceptos y postulados en el plan de Chandigarh y en el de Brasilia, ciudades ambas de nueva planta. Después de ello, la nada y el desencanto.

3. La arquitectura de los lugares centrales

La presencia de K. H. Brunner en Chile viene a introducir una inflexión en los modos y estilos a la francesa, al uso en la práctica urbanística sudamericana. También, introduce modificaciones en la propia práctica chilena, hasta esos años colmada de propuestas demasiado planimétricas y geometrizantes, unas, y con una exagerada visión arterialista, otras. De todas ellas, el plan de mejoras formulado por Benjamín Vicuña Mackenna, en el ya lejano año de 1872, es el único de estos documentos que ejecuta parcialmente sus principales propuestas: encauzamiento del río Mapocho y de canales de saneamiento y riego, apertura de calles tapiadas, creación del parque urbano del cerro Santa Lucía y de plazas de barrios, y construcción de equipamiento escolar y sanitario, entre otras actuaciones.

Desde Vicuña Mackenna en adelante, los proyectos de transformación fueron muchos y variados. Aunque algunos -tales como los formulados por el arquitecto Carlos Carvajal Miranda- estuvieron a punto de ser aplicados, todos ellos pueden ser entendidos sólo como ejercicios intelectuales y sus propuestas ni siquiera constituyen soportes conceptuales de la futura actividad que se iba a desarrollar a partir de la llegada de K. H. Brunner (6).

La actuación de Brunner en la ciudad americana presta una permanente atención al comportamiento y las repercusiones que registran sus ideas, propuestas e instalaciones urbanísticas sobre la ciudad ya construida. En la práctica, Brunner considera de mayor relevancia los resultados y equilibrios alcanzados por las transformaciones en los nuevos escenarios resultantes, que los propios signos formales aislados que surgen por estas actuaciones. Nunca encontraremos en Brunner una propuesta asentada en una intervención traumática, haciendo tabla rasa de lo existente, al estilo de las que por aquellos mismos años postulaban los planes redactados por algunos representantes del Movimiento Moderno. Tampoco observaremos en su obra el sentido terminalista que es posible encontrar en la urbanística francesa de ultramar, más interesada en occidentalizar la ciudad colonial que en prestar atención a los elementos culturales propios del lugar:

...Yo sé que muchas personas están esperando de mi parte proyectos de rasgos monumentales (...) Nada más fácil de tomar la regla y dibujar sobre el plano de la ciudad... (7)

Para llevar adelante esta práctica atenta con el diálogo entre el soporte existente y la propuesta a insertar, Brunner identifica piezas claves sobre las cuales instalar actuaciones que reafirmen los atributos morfológicos preexistentes y den lugar apropiado a las nuevas funciones derivadas de la propia modernización de la vida urbana. La presencia de un edificio de arquitectura ejemplar (el Palacio de La Moneda, por ejemplo), constituye un factor de centralidad y de articulación de estas piezas urbanas claves. La dilatación del espacio envolvente, mediante la liberación de los volúmenes vecinos, y la creación de masas construidas coherentes con esta centralidad, son los atributos elegidos para configurar nuevos signos morfológicos de la estructura arquitectónica de un lugar central. Aspecto que ya había considerado años antes en una reflexión sobre los aportes arquitectónicos de los *hofs* vieneses (8).

Brunner considera que el trazado en cuadrícula, similar al que presentan otras ciudades americanas de origen colonial, es la condición primordial para lograr que la estructura morfológica de Santiago de Chile presente un carácter arquitectónico:

...La ciudad de Santiago también es una ciudad de trazado cuadrangular, pero, por de pronto, esto es sólo una base que espera ser desarrollada. Para llegar a ser una ciudad de carácter arquitectónico, es necesario establecer las relaciones entre las calles y espacios libres con sus edificios monumentales (...) El sistema de cuadras (manzanas) de la ciudad de Santiago de Chile, como también el de otras ciudades de trazado análogo -como Buenos Aires, por ejemplo- trae como consecuencia que casi todos los edificios públicos no queden bien emplazados para cumplir con el rol decorativo y de representación dentro de la ciudad... (9)

De esta manera, Brunner abre el tejido colonial de Santiago para configurar nuevas centralidades y relaciones axiales, asignando al espacio público un protagonismo compositivo en la morfología de la ciudad.

Esta nueva concepción de la organización espacial, mediante un razonamiento arquitectónico del espacio público, permite, además, atenuar la rígida monotonía que impone la cuadrícula y las largas vías rurales transformadas en arterias urbanas. La apertura de diagonales, complementarias de la estructura viaria básica, refuerza la jerarquización de los fragmentos del tejido construido, mediante su triangulación y conexión funcional con el ensanche republicano de naturaleza residencial. No es una triangulación volcada a sí misma, sino que la utilización de diagonales se plantea para reforzar una centralidad. Posteriormente, en una propuesta para el Barrio Cívico, los edificios de arquitectura ejemplar constituirán los remates visuales de los ejes institucionales (10).

4. La arquitectura de los intersticios

El tipo de crecimiento que experimenta la ciudad de Bogotá en las tres primeras décadas del siglo XX, punto inicial de la gran ciudad actual, brinda a Brunner la oportunidad para ampliar el repertorio morfológico aplicado en Santiago de Chile. Mientras en ésta atiende la arquitectura del espacio público, la materia urbanística que desarrolla en Bogotá actúa sobre las piezas y los elementos de conexión entre el núcleo fundacional en cuadrícula, el ensanche republicano anular y el crecimiento perimetral de geometría lineal.

Entre 1900 y 1930, la población de la capital colombiana pasa de 100 mil a 300 mil habitantes. El crecimiento físico se extiende convulsivamente a saltos, dejando grandes vacíos intersticiales y desencadenando un sinnúmero de problemas funcionales: escasa renovación de las construcciones coloniales; gran subdivisión y tugurización de las áreas residenciales; colapso de una trama viaria inadecuada para el ingente tráfico vehicular; urbanización de terrenos de baja aptitud urbana por razones topográficas y riesgos de inundación, carentes de infraestructuras urbanas y equipamientos colectivos; etc. Mientras la ciudad se extiende hacia el Norte siguiendo los ejes de penetración regional. Hacia el Sur se desparrraman los núcleos de infravivienda sobre la falda de los cerros.

Los problemas que se derivan de este conflictivo modelo de crecimiento, aconsejan la urgente formulación de instrumentos normativos que regulen y ordenen el desarrollo de la ciudad. En un primer momento, inicio de los años treinta, el Concejo Municipio de Bogotá encarga a la oficina del arquitecto norteamericano Harland Bartholomew la tarea de elaborar un estudio urbanístico. La información reunida en dicha oportunidad por John Marr, constituye la documentación básica utilizada por Brunner, a partir de 1933, para desarrollar su materia urbanística.

El proyecto urbano esencial que Brunner concibe para Bogotá, durante su primera etapa colombiana, propone recomponer el tejido urbano del ensanche republicano roto por el modelo de crecimiento, y configurar nuevos elementos morfológicos que induzcan el reordenamiento del cuadrado fundacional. Este tratamiento morfológico de la espacialidad urbana, también propone la corrección de las cuestiones provocadas por la falta de coherencia funcional entre las diferentes piezas o grandes fragmentos constituyentes de Bogotá. Esta recomposición del tejido urbano se desarrolla a través del tratamiento de los vacíos intersticiales situados entre el casco interior o cuadrado fundacional y el ensanche republicano; vacíos intersticio les dejados por el crecimiento físico a saltos que se extiende a lo largo de los ejes arteria les. Este tratamiento se basa en el trazado sobre los vacíos intersticiales de fragmentos de geometría triangular o radial, uniendo a modo de sutura, dos crecimientos consolidados. Esta unión permite al urbanista actuar más allá del propio trazado de sutura, logrando incidir sobre piezas de gran dimensión, sin alterar radicalmente la estructura morfológica de la ciudad existente.

A pesar de las condicionantes funcionales impuestas por la trama existente, estas piezas de sutura del tejido roto por el tipo de crecimiento, poseen una gran racionalidad funcional. En algunos casos, éstas se plantean *como* pequeños barrios que se imbrican en la cuadrícula existente, complementando la estructura viaria de la ciudad interior y sus correspondientes relaciones con el perímetro. También, estos barrios o urbanizaciones se proponen *como* unidades autosuficientes que, tal *como* las "*siedlung*" alemanas, persiguen la creación de estructuras sociales y la configuración de tipologías constructivas y formales más o menos homogéneas (11).

Entre otros aspectos, el trazado de una urbanización, pensaba Brunner, siempre debería contener un razonamiento cercano a la planimetría ornamental. Más, ello puede resultar incoherente si esta planimetría refleja que la ciudad es, antes de todo, un organismo social y

un lugar para el desarrollo de la sociedad:

El proyectista de un barrio independiente debe tener conciencia de que está concibiendo algo como un lugar para una comunidad humana; tiene que agrupar las casas y componer estos grupos formando manzanas y calles, para que todo aquello, junto con los demás edificios, constituya parte de una ciudad" (12).

A pesar de las alteraciones sufridas en los últimos años, o causa de la presión inmobiliaria y del propio deterioro natural, los barrios El Campín y Palermo, en el Norte, y El Centenario, en el Sur, constituyen los exponentes rotundos de la idea de ciudad que Brunner propone para ordenar el crecimiento convulso de Bogotá.

En la segunda etapa colombiana, años cuarenta, Brunner se concentra en la resolución de la continuidad del núcleo fundacional con el ensanche republicano y el territorio exterior. La dirección Norte Sur, adoptada espontáneamente por el crecimiento de Bogotá, genera una ciudad lineal que requiere de grandes inversiones en infraestructura y en desplazamientos largos y de alto costo. La ciudad satélite El Salitre, que Brunner concibe para corregir esta situación, persigue generar un eje alternativo de crecimiento hacia el sector occidental o sabana, con suelos llanos y próximos al centro cívico-comercial, con el fin de articular la ciudad con su contexto rural.

Rodeado de un cinturón forestal, este núcleo satélite presenta una estructura urbanística basada en un eje que articula las diferentes piezas constituyentes y alberga los equipamientos del conjunto y las mayores densidades funcionales y volumétricas. Entre esta franja axial y el anillo exterior, se sitúa el sector residencial de baja densidad, articulado mediante vías transversales. Con una extensión cercana a las 500 há, El Salitre permite alojar unos 60 mil habitantes (13).

El año 1929, cuatro discursos demostrativos se nos proponen como modelos de desarrollo de la ciudad sudamericana. Más allá de su idoneidad y compatibilidad con el tipo de realidad social y económica del país, en todos ellos podemos identificar metodologías posibles, para actuar sobre la morfología de la ciudad.

REFERENCIAS

1. CARVAJAL M, Carlos, "La Transformación de Santiago". En: *Revista de Arquitectura y Arte Decorativo*, N°6, Sociedad de Arquitectos de Chile. Santiago, 1929, p. 272.
2. LAMBERT. Jacques. "Apuntes sobre Urbanismo". En: *Revista de Arquitectura y Arte Decorativo*, N° 9, Sociedad de Arquitectos de Chile. Santiago, 1930, p. 398.
3. AGACHE, Donat-Alfred, *Cidade do Rio de Janeiro*. Foyer Bresilien Editor. París, 1930.
4. LE CORBUSIER. *Precisions*. Les Editions C. Crés et Cie. París. 1930, p.260.
5. LE CORBUSIER. Op.cit..p.261.
6. CARVAJAL M, Carlos. Op. cit, p. 261.
7. *La Defensa Social*, N' 882, Bogotá, 1935.
8. BRUNNER, K. H. "Die Wienr Wohnkornbauten Zu Ihrer Beurteilung beim Internationalen Stadtebau Kongress". En: *Revista Der Aufbau*, NQ 10, Viena, 1926, pp.192-193.
9. BRUNNER, K. H. "Seminario de Urbanismo". En: *Revista Comuna y Hogar*, N' 13, Santiago, 1930, p. 265.

10. PRAT E., Arturo. "Avda. Sur y Barrio Cívico". En: *Revista de Arte*, N' 5, Santiago de Chile, 1935, p. 25 a 32.
11. BRUNNER, K. H. *Manual de Urbanismo /i*, Concejo Municipal. Bogotá, 1940, p. 94 a 96.
12. BRUNNER, K. H. op. cit.. 1940.
13. BRUNNER, K. H. "La Ciudad Satélite de Bogotá". En: *Revista Ingeniería y Arquitectura*, N° 50, Bogotá, 1943, p. 22 a 24.

Artículo publicado originalmente por la Revista de Arquitectura N° 8, *monográfico de Karl Brunner*, FAU – UCH, Santiago de Chile, 1996, pp. 4 – 7.